

ESTE PERIODICO
SE PUBLICA
LOS DOMINGOS.
PRECIOS DE SUSCRICION:
EN LA HABANA,
4 pesetas sencillas
AL MES,
y en el interior
UN PESO,
FRANCO DE PORTE.
El número suelto
VÉNDESE EN LA IMPRENTA
Á DOS RS. FUERTES.



LA REDACCION
ESTÁ SITUADA
CALLE del OBISPO
número 22,
LIBRERÍA é IMPRENTA
"EL IRIS,"
Á DONDE
PODRÁN DIRIGIRSE
los avisos
Y RECLAMACIONES.
La Administracion
ESTÁ EN EL MISMO
ESTABLECIMIENTO

DON JUNÍPERO.

Periódico satírico-jocoso con abundancia de caricaturas,

DIRIGIDO POR

D. VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

MEMORIAS DE UN COCHERO.

II.



por un lado listo como Mercurio y por otro silencioso como Harpócrates.

Por eso dejo á un lado la época en

que fuí cochero de casa particular, aquí en la Habana, y métome de rondon, en el tiempo presente en que lo soy de coche de alquiler. De esto hace dos años.

Así estoy mejor. Los blasones pintados en los tableros que me deslumbraron un tiempo, no me llaman absolutamente la atención ahora. Esos recuerdos no son para escritos en mis memorias; sí para guardarlos en mi memoria. ¿Dónde me he visto yo, mísero cochero? ¿En qué almohadas he reclinado mi cabeza?

Sin embargo, duro es endosarse una librea, y la dicha del aposento no compensa la infamia de la calle. Un cochero de casa particular es un ente ridículo: algo mas que un mono, algo ménos que un arlequin.

¿Y por qué? Acaso el triste maestro de escuela que nada enseña, porque nada sabe, vale mas que él? ¿Vale mas que él un quebrado fraudulento, que rueda su desvergüenza por las barbas de sus víctimas? ¿Vale mas la matrona adúltera que llega á Tacon en el carruaje de su amante, á sentarse en un palco que no ha pagado su marido? ¿Vale mas ese marido gurrumino, consentidor de tales liviandades, á pesar de sus guantes y de su baston borlado?

¿Vale mas que su cochero, el jóven rico y elegante que despilfarra su fortuna de antemano, que sale de casa cargado de oro, como un dependiente prófugo de una joyería, y vuelve á ella sin cadena y sin reloj, sin botones en la pechera y sin mancuernas en los puños? ¿Vale mas el usurero que, para atosigar mas pronto á su deudor, se tiende á la bartola en un coche que nada le ha costado, cogido á buena cuenta de mayor cantidad, por premios, al mismo á quien va á atormentar y escamotar? ¿Vale mas.....? pero mas vale callar. ¿Qué sacaria, por otra parte, con hablar? ¿Voy acaso á reformar la sociedad? ¿No es esa la historia de todos los tiempos y de todos los paises? ¿Voy yo á contrarestar la omnipotencia del oro con cuatro renglones mal zurcidos? ¿Podré yo descubrir úlceras cubiertas con cachemira y terciopelo? ¿Podré hacer inclinar frentes cargadas de diamantes? ¿Podré sonrojar mejillas empañetadas de colorete? Renuncio á semejante empresa y escribo en mi bandera las palabras del maestro Horacio: "auri sacra fames." ¡Viva el oro!

No quiero meterme, pues, en camisa de once varas: con cuatro tengo de sobra.

Echemos tierra, como sobre un di-

funto pobre, sobre esos recuerdos, cadáveres también, enterrados en mi memoria y en mi corzon.

III.

Ver, oír y callar; comer, beber, gozar de todos los placeres, como decía el epitafio de Sardánápalo: tal es mi tema.

Era una noche del Carnaval de 1860.

Había baile de máscaras en el Liceo y baile de idem en Escauriza.

Al dar las doce, con la puntualidad de Alí, el cochero de Monte-Cristo, me hallaba yo á las puertas del primero de los dos citados institutos, aguardando á un caballero á quien había dejado allí hora y media ántes, como quien dice al primer *dó de pecho* del sereno.

Dos damas cubiertas con caretas color de *candela* y envueltas en dominós negros, bajaron la escalera colgadas de los brazos de mi inquilino y entraron en un cupé elegante, estacionado á dos pasos de mi vehículo. El cochero estaría advertido de antemano, pues partió sin aguardar órdenes ni recibir dirección. Los caballos guajamonés eran antiguos conocidos míos, y la librea color de café con leche me había servido seis meses ántes. Las caretas color de fuego eran diáfanas para mí como si fueran de cristal.

El cupé arrancó despacio, y en la esquina de la Dominica torció sobre la derecha por la calle de O'Reilly.

Mi caballero subió en mi coche y me dió orden de seguir á una discreta distancia el cupé. Obedecí como era natural.

Salimos por la puerta de Monserrate. El cupé tomó por la alameda de Isabel II, y yo seguí rodando sobre sus huellas. Antes de llegar al Campo de Marte se detuvo el cupé: yo imité su ejemplo.

Mi conducido descendió del mío, se acercó á la portezuela del otro carruaje, la cual abrió á guisa de improvisado lacayo, y tendió su mano, cubierta aun con el suave guante de cabritilla, para ayudar á bajar á las dos mascaritas.

—A casa, por la Puerta de Tierra dijo una vocecita de cristal, que me llegó hasta el fondo del corazón, dirigiéndose al cochero del cupé, el cual con la obediencia pasiva del oficio se alejó al trote, perdiéndose al medio minuto en los recodos de la pila de la India.

—Es una locura la que nos obligas á hacer, dijo la misma voz; pero mi curiosidad vehemente ayuda á tu capricho. ¡Si él lo llegará á saber!

—Vamos, no tengas miedo: yo respondo de todo.

—Vamos, pecho al agua, dijo la otra.

Los tres subieron al humilde coche de alquiler.

—A Escauriza, ordenó la voz de mi dueño temporal.

Me pareció haber oído mal. ¿A Escauriza? En un minuto me planté en sus puertas.

—A las dos en punto aquí, me dijo el amo; y tomando de bracero á sus compañeras penetró en el salón bajo, dedicado á Baco, y trepó la magnífica escalera, iluminada á *jour* y adornada con los colores nacionales, que conduce á aquel templo de Tepsicore y de Momo, como dicen los *localistas* de periódicos.

La música tocaba á la sazón una de esas danzas irresistibles que han hecho tan famoso el nombre de Juan de Dios.

Irresistible también era la tentación que yo sentía de seguir á mi *triumfeminarivato*; y por supuesto no lo pude resistir.

Coloqué mi carruaje á buen recaudo bajo los árboles de la alameda, y penetré á mi turno en el inmenso salón. ¡Interesante cuadro! Todas las mesas estaban ocupadas, y la muchedumbre hormigueaba circulando en todas direcciones, aguardando una oportunidad para ocupar el primer puesto vacío. ¡Cuanto bullicio, cuanta animación! Tres ginebras con marrasquino, gritan por acá.—Un gincoctail y dos ponches claman una voz por allá; en tanto que mas lejos saltan con estrépito los corchos de la champaña, como una salva de buen humor, en medio de hurras tumultuarias y de carcajadas alegres y provocativas.

Gracias á un conocido revendedor de contraseñas, me hice de una, mediante el mínimo desembolso de tres pesetas, y subí.

El que no haya ido á un baile de Escauriza, que vaya, si quiere saber lo que es bueno. Por mi parte, confieso que la tarea de describirlo es superior á mis fuerzas. Allí se vé la danza cubana en toda la plenitud de su gracia, en todo el esplendor de su..... qué sé yo? Siempre el crugido de la seda me ha producido crispaturas nerviosas; pero el chirrido que ella produce frotada á son de música, es capaz de dislocar al mas pintado la columna vertebral.

A pocas vueltas me dí con mis dos caretas color de fuego. La una estaba sola guarecida en un rincón: la otra danzaba, como si supiera, con nuestro conocido del coche. Tan bien bailaban los dos que un numeroso círculo de curiosos aficionados se formó en su derredor, y cada vez que sonaba la segunda parte, cincuenta bocas y cien manos rompían en aplausos.

Y la pregunta de ¿quién será? y la respuesta de: «no la conozco» rodaban por todos los ámbitos del salón.

Por no saber firmar el autor,

MAESE NICODEMUS.

(Continuad.)

AGUINALDO.



Hé aquí el que prepara el Leopardo de Inglaterra, al Águila de los Estados-Unidos.

HÉLO AQUÍ.

1863.

Al fin llegamos los incolas
De este mundo estereográfico,
Entre plácemes y pésames
Y cataplasmas y cáusticos,
Al año *sesenta y tres*:

Al fin llegamos incólumes,
Merced, quizás, á algun mágico,
Cual dijo el otro, al *peristilo*
De este edificio enigmático,
De mil penas al través.

Fortuna ha sido y no estética
Haber escapado al gástrico
Furor de aquel cuerpo acéfalo
Que privó de nigromántico,
Siendo un solemne avestruz:

Fortuna ha sido y espléndida,
Cual sistema profiláctico,
No haber sucumbido, miseros,
Al rigor mas que satánico
De mortífero arcabuz.

Desdichados los que exámenes
Sucumbieron, ¡voto al chápiro!
Durante el año pretérito
A manos de un sistemático
Encopetado doctor;

Y desdichados sin límites,
Inocentes y fanáticos,
Los que, sujetos á un vértigo,
Lanzaron el postrar álito
De la guerra en el fragor.

Nosotros los que á la férula,
O mas claro, los que al látigo
De un Dios amparo de pícaros
Y apañador de mil zánganos
Conseguimos escapar;

Los que de *Mercurio* el lívido,
Triste semblante metálico,
A par de su jenio indómito,
Afortunados é impávidos
Conseguimos alejar;

Hoy, entregados á *Júpiter*,
Personage mas simpático,
Por lo mismo que sin ínfulas
De entendido quiromántico
A la palestra salió;

Hemos de quedar atónitos,
Cuando no de corcho, estáticos,
Y de orgullosos carbúnculos
Convertidos en carámbanos
Viendo lo que nadie vió.

De pronto veremos síncope
En el orden diplomático,
Que al mundo pondrán al vértice
De mas..... de un sainete trágico
De peripecias sin fin:

Y acaso, el mal agravándose,
Aunque el remedio es elástico,
Tengamos de ver, insólito,
Mas de un desastre vandálico
Que nos innunde de *spleen*.

Veremos luego sin término
Y en lucha abierta, titánicos,
Cien principios revolcándose
Del mundo por todo el ámbito,
Conforme vimos ayer:

Y con tenaz fuerza atlética,
Aun aquellos mas linfáticos,
A los hombres, torpes vívoras,
Con espíritu gigantesco
Devorándose de quier.

Veremos hechos apócrifos
Y oiremos cuentos fantásticos,
Y burla burlando, misero,
Entre col y col un rábano

Parodia de un coscorron,
Que apenas al mas famélico
Hará recobrar el ánimo,
Ni llegará á las mandíbulas,
Cuanto mas al epigástrico
De político anfitrión.

No faltará celeberrimo
Quien, privando de magnánimo,
Quiera oponerse á los síntomas
De movimientos volcánicos
En el orden natural:

Ni quien creyéndose omnímodo,
Que es mas que entendido práctico,
Con solo mostrar su físico
Pretenda extinguir el pánico
En el mundo material.

Habrá un sobrante de imbéciles,
Sin haber falta de cándidos,
Que á pensamientos efimeros,
Como si fuesen dogmáticos,
Pongan risueña la faz:

Y una tras otra caléndula,
Con espíritu seráfico
No faltará quien, ridículo,
Se pase la vida, errático
Sofñando siempre en la paz.

A porrillo habrá fenómenos
Que priven de sicománticos,
Y á punta piés paralíticos
Con ínfulas de gimnásticos
Que harán al mundo reir:

Y sin pizca de sindéresis
Mil sistemas problemáticos,
Que en mil formas pantomímicas
Pondrán á cualquier inválido
En estado..... de dormir.

Veremos mil geroglíficos
En un círculo metálico
De trapisondas y créditos,
Que al mas lince matemático
Haran perder la razon:

Y entre suspiros y trápalas,
¡Lindo sistema dramático!
Y súplicas y paréntesis,
El tiempo pasará rápido
Buscando la solucion.

Sobrarán lindos capítulos
En estilo asaz romántico,
Que aun que al mismo *D. Junipero*,
Que es, par diez, hombre flemático
Le harán tirar el pincel;

Pero en cambio habrá una crítica,
Que, embistiendo á los gahnápiros
Con embravecida péñola,
A veces mejor que un cáustico,
Les zurrará el barandel.

Habrá en la ciencias gran número
De finjidos catedráticos,
Y habrá abogados y médicos
Tan pollinos como enfáticos
Que nos pondrán al parir:

Y habrá mas de un energúmeno
Que, echándola de socrático,
Hará mas de una de *pópulo*
Que dejará al mundo estático
Vuelto piedra de zafir.

Y en fin, lectores carísimos,
(Y no me llameis cismático)
Ha de haber, ¡voto á San Crispulo!
Hechos *sub sole* tan clásicos
Durante el *sesenta y tres*,

Que el que no tenga fé sincera
De los Dioses en el máximo,
Y una conciencia sin mácula,
Temblará como un perlático
De la cabeza á los piés.

ESPARAVAN.

GLOSA DISPARATADA.

Anoche en las Tullerías,
Borracho estaba Calvino
Disputando á Jeremías,
Sobre si vino, ó no vino
Cantando las letanías.

De Escauriza en el salon
Bailaban unos lanceros,
El General Ballesteros
Y el Emperador Neron;
Se escandalizó Colon
De ver tales niñerías,
Y encontrando á Zacarías
Con una turca, *aturcado*,
Le dijo: Usted ha cenado
Anoche en las Tullerías.

Cuando Américo Vespucio
Supo, por Caifás, el lance,
Quiso evitar un percance
Al chinazo de Confucio;
Pidió á Sancho Panza el rucio
Para emprender su camino,
Y al saber tal desatino
David, vino de Suez
A decirle, que en Jerez
Borracho estaba Calvino.

Hízose cuestion de honor,
Y para entrar en campaña,
Sobre un caballo de caña
Cabalgó el Cid Campeador.
Costillares, con furor,
Llamó, á el amante Macias,
Mas todos, cual piedras frias,
Quedaron sin movimiento,
Al mirar sobre un jumento,
Disputando á Jeremías.

Oyendo tal alboroto
Rompió D^a Urraca en llanto:
Cervantes se fué á Lepanto
A buscar su brazo roto.
Y falló en solemne voto,
El concilio Tridentino,
Que cuando Adan perdió el tino
En las máscaras, no fué
Sino al tratar con Noé
Sobre si vino, ó no vino.

—Es un fallo irracional.—
Gritó airado D. Quijote,
Y de pomada en un bote
Se embarcó en el Escorial;
Allí declaró formal
Que fué coqueta Herodías,
Ensayó unas melodías
Con Rossini en un cencerro,
Y en volanta marchó al Cerro
Contando las letanías.

MARIO.



MR. SUR À MR. NORTE.—¿Hasta cuando durarán los 90 días de este pagaré?

INDIRECTAS INFANTILES.



- Dígame V., D. Fabian, quién es el que ha inventado la pólvora?
—No lo sé, hijo mio, ¿por qué lo dices?
—Porque papá dice que no ha sido usted.



- Y hoy te quedas tambien á comer?
—Sí, chinito, tu papá me ha convidado.
—Pues á mamá no le gusta que tu vengas; porque, decia ayer, que tu comes como cuatro y que eres un guagüero.

A LA MADRE CELESTINA.

MEMORIAL PRESENTADO EN VIRTUD DE SU
PROTESTA TARDIA, PERO SEGURA.



OR esta bachillería se ha recibido la instancia que transcribo á continuación, con el informe al pie, para que Vuestra Maternidad resuelva lo que juzgue oportuno:

“Señora Madre Doña Celestina &c. D. Tranquilino Pitos y Flautas, natural de su tierra, vecino de las cataratas de San Miguel,

Manrique y Tejadillo &c. ciudadano de las termópilas del Obispo y O-Reilly, como sea mas conforme á derecho espongo: Que he visto la protesta tardía pero segura, que se ha servido V. publicar en el número 13 de D. *Junpero*. Protesta V. con toda la energía necesaria, de la *defensa sin réplica*, que mas bien era una acusación fiscal, para que se vea hasta donde llega la maldad de los hombres; cosa que por otra parte me esplico fácilmente, pues estando averiguado que lo mas productivo es el derecho y el torcido, no es extraño que se tuerza el derecho para combinar ámbas industrias.

La toman á V. por húngara, señora? Pues hágase sueca, así como los vinos suelen salir moros de su tierra y se convierten aquí en cristianos recibiendo el agua del bautismo, y la tintura de la ciencia que nos viene de Campeche.

Hágase V. ciudadana sueca, que hoy están de moda las conversiones para explotar la credulidad de las gentes.

Protesta V. «que con D. Pancho Sábalo no se quiere casar.» Hace V. perfectamente, aunque sí lamento que sea «su ánimo resuelto morir célibe,» y á modificar esa resolución se dirige precisamente esta súplica. No se enlace V. con D. Pancho, enhorabuena, pero cásese conmigo, que no soy sábalo, trucha, atun, ni bacalao.

Mi profesión es ser marido, y aun no he comenzado á ejercerla; y para que vea usted que soy el mas apropósito para optar á su corazón, voy á enumerar aquí mis cualidades, seguro de que no vacilará usted en darme «su pie,» que al fin y al cabo, yo haré lo que tantos á quienes les dan el pie y ellos se toman la mano.

Yo no sé leer, escribir ni contar, y por eso mi perfecta nulidad para emprender una carrera me decidió á hacerme literato ó marido, una de las dos cosas. Abandoné la primera idea, no quise echarme á escritor, porque hay infinitos competidores de tanto mérito negativo como el que yo poseo, y ya casi estuve tentado de meterme á lector de lo que otros hacían, siquiera para pertenecer al mas corto número; pero

tropecé con que no sabia leer, cosa que habia olvidado, pues repito que nunca aprendí ni á deletrear, y por eso he tenido que apelar para la redacción de este escrito, á un Doctor barbero, que saca muelas y hace versos sin dolor, aunque algunas poesías suyas llevan por título *Lamentos y ayes del corazón*, y aunque algunos de sus clientes, parodian los versos de la Sonámbula “preghé iddio ché il dolore ch’io sento, tu non deva, &c.” esclamando:

“permítame el mismo Caifás
que en pago de estos tirones,
Con otros tantos tizones
te persiga Satanás.

Soy de muy buena raza, pues aunque mi abuela era lazarina y su marido epiléptico, en nuestra familia no ha habido mas enfermedades que la sarna, la gota, el sarampion, los sabañones y la tontitis; pero ninguna de ellas ha sido grave, aguda ni circunfleja.

En cuanto á nobleza, como usted es un vivo pergamino, y como tiene esos famosos polvos mágicos, si nos unimos en dulce consorcio, claro es que llegará á poseer pergaminos empolvados. Por otra parte, ahora recuerdo que un hijo varón de mi nodriza—mi hermano de leche—era baron y su hermana era hembra; de manera que no pudiendo nadie disputarme aquel parentesco ¿quién me negará que soy baron?

Soy muy hombre de bien, y la prueba es que no he estado condenado á presidio mas que una vez, pero al fin logré escaparme, lo que dá á entender que mi delito no era tan grande como cualquiera podría imaginarlo. En realidad no fué otro el motivo, sino que comparecí en una causa que por ser criminal ella misma, creí me daría derecho á que yo también lo fuera, y declararé como testigo falso contra un inocente; pero eso no fué cosa mía sino del abogado que me dió diez pesos para que declarara, por donde se vé que el culpable no era yo sino los diez pesos. Sin embargo, al abogado y á mí nos condenaron á sufrir la pena para que aprendiéramos á hacer otro día las cosas con mas talento.

Entonces la sociedad me llenó de oprobio, pero usted sabe que la sociedad perdona pronto si el arrepentimiento es verdadero. En prueba de ello casémonos, tengamos lujo, demos comilonas, emborrachemos y hagamos bailar la sociedad, y verá usted como ella proclamará por todo el mundo, el honor, la virtud y el claro linaje de los esposos Pitos y Flautas.

Podrá suceder que la sociedad al salir de nuestra casa, nos cante aquella coplita de García Verdolaga:

¿De dónde el lujo que gasta
Celestina habrá salido,
Si lo que gana el marido
Ni para comer le basta... ..?
Puede sin harina de asta
Amasarse ese budín?
Nequaquam, digo en latin.

pero á V. nada debe importarle eso, porque la sociedad ha arreglado el pastel

de modo que el marido sea el editor responsable ante la censura pública, que es algo mas quisquillosa que la literaria, y por eso la legislación universal autoriza al marido, para que se haga justicia por sí mismo en caso de resbalon de la costilla.

Pero yo no haré uso de ese derecho, Celestina: en primer lugar, porque la cara de usted, que es la estampa de la heregia—pone á los próximos á cubierto de la tentación, y por eso dicen algunas malas lenguas que en las feas no hay virtud sino necesidad, y que hacen de la necesidad virtud.

En segundo lugar, porque quiero que hagamos un matrimonio á la moda, que reñirá algo con la moral, pero armonizará mucho con mi carácter pacífico.

Si Dios nos concede frutos de bendición, hemos de educar nuestros hijos también á la moda: los enseñaremos á que sean hombres poniéndoles el cigarro en la boca antes que el biberon; el taco de billar en la mano ántes que el abecedario; á nuestras hijas les inculcaremos todas las ideas de buen tono que vienen en las novelas francesas, para que aprendan á distinguir las costumbres retrógradas de nuestros padres, de las prácticas avanzadas de esta época de progreso. Esto podrá dar por resultado, que el mejor día se nos conviertan las muchachas en ángeles con alas, y vuelen por el postigo con algun melenudo que tenga muchos pelos de romántico pero ninguno de tonto. En este caso, mientras menos bultos mas claridad, dice el refrán y lo repito yo; esas bocas menos habrá que mantener.

Casémonos, Celestina. Cierre usted los ojos y échese por el atajo; si por una desgracia llegase usted á morir antes que yo, su esposo no le sobreviviría veinticuatro horas, al ménos así lo digo ahora, aunque no lo creo y sí quiero que me dé V. crédito, no solo en mis palabras sino también en algunos establecimientos donde necesito que me fien para que otros paguen.

Yo le haré un famoso entierro cuando V. se muera, y antes de morir también si así lo esije, y usted verá como yo convido mas de dos mil carruajes con cuatro mil bestias y otras tantas personas, aunque la asistencia de las personas es lo de menos, pues la solemnidad de los entierros consiste en la presencia de los caleseros y carruages.

Así que usted se muera yo le meteré pleito sobre la herencia á todo el mundo, con razon ó sin ella y en buena transacción amistosa me tragaré á todo el mundo y hasta á mí mismo si yo me lo permito.—Por todo lo cual, Señora, á V. suplico se sirva aceptar mi mano y mi corazón, gracia que no dudo obtener de la reconocida bondad de V. y del buen criterio con que sabrá apreciar los méritos que reúne el que suscribe. Habana 4 de Enero de 1863. Tranquilino Pitos y Flautas. Bachillería de Linaza.—Vistos por este departamento los méritos que reúne D. T. Pitos y Flautas, así como la franqueza con que espone sus propios sentimientos; considerando que entre las muchas cualida-

des que lo recomiendan, posée la de no conocer ni de vista á D. Pancho, así como la de detestar todo lo que huele á palcos, óperas y en general á todo lo que tiene relacion con la música, constándole al que suscribe que el referido Pitos y Flautas ha hecho destruir hasta un reloj de música que tenía en su casa; teniendo presente además que el aspirante me ha entregado una suma respetable para que informe de conformidad, lo cual no necesitaba yo para hacerlo, pues es suficiente recomendación el ser el Sr. Pitos y Flautas pariente mio; considerándo todas las razones dichas, he tenido á bien dar carpetazo á otras solicitudes que debían tener preferencia, y juzgo oportuno que se resuelva de conformidad, concediendo la respetable Celestina su blanca mano al Sr. Pitos y Flautas.—La madre, sin embargo, resolverá lo que juzgue mas conveniente. Dios guarde &c. Habana fecha ut-supra. BACHILLER LINAZA.

JOHN STEWART. HISTORIA DE UN PAYASO.

(TRADUCIDO ESPRESAMENTE PARA DON JUNIPERO.)
(Continúa.)

En tanto que Carlos se hallaba sumergido en estas reflexiones, tan crueles para su corazon, la pregunta de su interlocutor lo hizo caer en una realidad mas punzante todavía. Preciso era responder, porque Gullivert habia dicho: «¿Estais resuelto siempre á casaros con mi hija?»—En vez de contestar desde luego, Dervieux formuló tambien una pregunta:

—¿Cómo es, caballero, dijo, que vos, tan inteligente, tan distinguido, habeis podido abrazar semejante profesion?

—Esta profesion, caballero, era ya la mia cuando me encontraba aun en la cuna. Ninguno es dueño de su destino. Este oficio desdeñado por todos y que arroja sobre quien lo ejerce una especie de menosprecio, este oficio me ha enriquecido: me ha permitido educar, como á una heredera, á mi hija, á esa niña á quien amais, que jamas me ha visto en este vestido, que apenas si sabe que lo gasto y que finge siempre ignorarlo por no hacerme sonrojar. Y he conservado este oficio, aun despues de verme rico, por que toda mi vida he amado, casi tanto como amé á la madre de Mary, la extravagancia, la locura, el peligro. En fin, tal como me veis, preferiría morir á abandonar hoy esta existencia agitada, este vestido y estos oropeles, los trapecios, los caballos, los pesabres, el gas, el público, porque todas esas cosas son mi vida.

—Sin embargo, si se os exigiese, por aquella á quien amais mas en el mundo el sacrificio.....

Stewart miró á Dervieux como si hubiera querido leer en su pensamiento. Este continuó:

—Perdonadme, señor, si os hablo así, pero es preciso: de ello depende mi dicha y acaso tambien la dicha de vuestra hija. Yo me siento capaz de hacer de ella la mas feliz de las mugeres: yo he contado con ella aun antes de que me haya sido concedida, y he construido sobre la base de mi matrimonio con ella todo el edificio de mi vida. Esto es decir que renunciar á ella es casi superior á mis fuerzas. No obstante, como debo á la memoria de mi padre y á mi nombre el no hacer nada que pueda ser tachado de locura, os declaro francamente que nunca seré el yerno del payaso Gullivert, en tanto que puedo sin descender, unirme con la hija de M. John Stewart. Me habeis comprendido ¿no es verdad? ¿Podeis concederme lo que os pido?

Gulliver estaba pálido é inmóvil. Se le habria tomado, al verle así, por la estatua de la Locura espirante. Le pareció que se le pedia la vida, ó mas bien la parte mas bella de su vida: la renuncia de todo lo que le habia hecho feliz. Un drama horrible se representaba en su interior: por una parte, la felicidad de su hija, porque él bien comprendia que Mary amaba á Dervieux; por otra, su propia felicidad, sus mas íntimas fruiciones. Era menester destruir una de las dos. En cualquier otra circunstancia no habria vacilado un punto: su hija ántes que todo. Pero ahora, el sacrificio que se le exigia, lejos de acercarle lo alejaba de ella, puesto que de él iba á depender su matrimonio. El corazon de Mary lo abandonaba por otro, y él, pobre padre, ¿qué retribucion iba á obtener? Semejante pensamiento ataba su lengua. Diciendo nó, se quedaba de payaso y conservaba á su hija; diciendo sí, él se la daba á otro, á quien apenas conocia, y renunciaba á la serie de triunfos que tantos goces le habian proporcionado en el curso de su vida.

Dervieux, despues de haberle espresado sus intenciones con tanta franqueza, con tanta lealtad, respetaba su silencio: comprendia lo que pasaba en el fondo de ese pobre corazon, dividido, desgarrado, despedazado en todas direcciones.

—¿Salgamos, aquí uno se ahoga! exclamó Stewart de repente.

Salieron, atravesando el Circo ya desierto.

Al estar ya en el *boulevard*, empezó Stewart á andar á paso largo sin desple-

gar sus labios y dirigiéndose á la plaza de la Bastilla. Dervieux le imitaba permaneciendo á su lado.

—¿Quereis casaros? le dijo Stewart, rompiendo de pronto el silencio. Sereis padre. ¿Sabeis cuantas torturas cuestan los hijos al padre?

—Lo comprendo; pero comprendo tambien los goces que le proporcionan.

Stewart no respondió. Durante el camino dejaba escapar medias palabras, frases entrecortadas, exclamaciones confusas.

—¡No, no, es imposible!..... ¡Y bien, lo haré! pero ella me verá morir. ¡Y sin embargo, la pobrecita me quiere! ¡pero á él, lo ama! Tambien yo he sido amado, y sé lo que es capaz de hacer una mujer por el hombre á quien prefiere!

Eso fué todo lo que Dervieux pudo atrapar de la conversacion que Stewart mantenía consigo mismo. El monólogo duró largo rato y nuestro payaso seguia siempre andando. Ya habian llegado al pié de la columna de Julio, y mostraba intenciones de seguir adelante, cuando Dervieux creyó deber detenerle:

—Estamos lejos de Nevilly, le dijo con dulzura.

Stewart se detuvo, miró en su alrededor, una triste sonrisa llegó á errar en sus labios.

—Os pido perdon, dijo á Carlos: es menester perdonarme: mi cabeza no me pertenece, y esta noche soy incapaz de saber lo que hago.

Un carruaje pasaba á la sazón: lo detuvo, se instaló en él y en el momento en que el caballo arrancaba, se volvió hácia Carlos, que lo miraba estupefacto y le dijo:

—Os espero en casa por la mañana.

Tal fué su despedida y con ella hubo de contentarse el jóven.

Stewart entró en su casa, abrazó á su hija y corrió á meterse en su cama. Durmióse profundamente, no despertó ni una sola vez en toda la noche, de tal modo que cuando se presentó Carlos, le halló mucho mas tranquilo, por cierto, que la víspera.

—Mi querido hijo, exclamó tendiéndole la mano: el payaso Gulliver habrá muerto dentro de tres dias, y M. John Stewart, os concede la mano de su hija: hacedla dichosa.

—Os lo prometo, padre mio, respondió Carlos, estrechando respetuosamente la mano de ese hombre que se inmola en el altar de la paternidad.

En el mismo instante, como si alguno la hubiese prevenido, se deslizó Mary en el aposento, abrazó á su padre, hizo un ceremonioso saludo á Dervieux y..... un mes despues de esto ya era su muger. (Continuad.)

DESPEDIDA DEL AÑO SALIENTE AL ENTRANTE.



¡Adios, año de 1863! A tí te toca la vez en el reinado del mundo. Me cabe la honra de dejarte una magnífica herencia de trampas políticas y sociales, que espero conservarás y procurarás aumentar en cuanto sea posible.—Tu sucesor, si así lo hicieres, te vivirá eternamente agradecido. — ¡Adios!—1862.